

# Renacimiento, Ilustración, conversión y comunidad

*Emmanuel Buch*

*Pastor Evangélico. Miembro del Consejo de Redacción de Acontecimiento y del Instituto Emmanuel Mounier.*

## **I. Autosuficiencia: un proyecto insuficiente**

### **1. Una crónica estricta**

Con el Renacimiento, a diferencia del teocentrismo medieval, el eje de la cultura pasa a ocuparlo el hombre. La naturaleza física se convierte en objeto de indagación y dominio, la sociedad se concibe como construcción libre, fruto de un «contrato social», la ética quiere ser autónoma. La religión se verá sometida a una instancia de mayor rango: el tribunal de la razón. Todo este entramado de aspiraciones se afirmará sobre dos cimientos básicos: razón (mecanicista) y libertad (autonomía).

La Ilustración encarnará todas las aspiraciones prometeicas para proclamar «la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad». Su discurso será, por tanto, apasionadamente optimista en cuanto a sus propias posibilidades, de la mano del Progreso, la Ciencia y la Educación.

Paradójicamente, los penúltimos herederos del anhelo ilustrado no han hecho sino certificar la muerte de su bien máspreciado: el hombre. La dignidad de la persona que defendió la Ilustración en base a su peculiar comprensión de la racionalidad ha sido sustituida por un «lúcido escepticismo», incapaz de responder con energía a los golpes que de uno u otro frente recibe la persona y su valor (que no precio). «El sujeto que se endiosó a sí mismo, pretendiendo ponerse más allá del bien y del mal, acaba reducido a objeto —carente del

puesto privilegiado que quiso heredar de Dios o darse a sí mismo prometeicamente, una vez decretada la muerte de Dios» (J. M. Vegas).

### **2. Dios: obstáculo o fundamento de plenitud**

La Reforma protestante, casi simultánea en el tiempo con el Renacimiento, participa de anhelos y supuestos bien distintos. Los reformadores subrayaron la soberanía de Dios y el encuentro del hombre consigo mismo en el sometimiento a Dios. Sus énfasis en el libre examen de la Biblia (cuyo acceso directo estaba prohibido a los creyentes) o en la relación personal del hombre con Dios, sin mediaciones de terceros, pusieron en manos del hombre común la fuente de ideas revolucionarias acerca de la libertad del individuo y de los derechos del hombre y del ciudadano. Pero reivindicaban sobre todo una experiencia de fe vital y no el simulacro hipócrita que constituía la religiosidad de muchos. Por lo demás, el nulo efecto que ante Dios producen nuestros méritos —cualesquiera que sean— para «adquirir» su aprecio, y el énfasis en la plena dependencia de la gracia de Dios, excluían cualquier tentación de autoafirmación humana.

Por su parte, el espíritu antropocentrista, al menos en el tono que acabó imponiéndose, siempre fue receloso de la religión, cuando no abiertamente contrario. Kant llegó a suponer *La religión dentro de los límites de la mera razón*; Comte profetizó que en el púlpito de Nôtre Dame se predicaría la religión (verdadera) del positivismo; Feuerbach denunció a Dios co-

mo el obstáculo mayor del hombre para alcanzar el pleno desarrollo de su inteligencia, voluntad, poder y futuro; Nietzsche trató de hacer emerger el superhombre del cadáver de Dios; ...

La postmodernidad se presenta como la encarnación de la tolerancia, más por ausencia de criterio que por un sentido ecuménico del mismo. Queda lugar para la religiosidad, pero «a la carta», lejos de cualquier intento de racionalización y, menos aún, con pretensión de absoluto. Que cada uno se busque su dios. Así, la pretendida muerte de Dios ha resultado en la emergencia de los dioses múltiples.

Desde el ámbito de la fe, no resultaría difícil ensañarse con todos los anhelos frustrados y todas las promesas incumplidas por parte de los voceros del antropocentrismo. Sería igualmente injusto; las aportaciones renacentistas e ilustradas han sido múltiples —también en teología— y ya nada volverá a ser igual. Pero aún así, su balance es deficitario. Dios sigue reclamando para sí la capacidad de dar respuesta a los anhelos más propios del hombre, no para hacerle retroceder en su carrera por hallarse a sí mismo, sino para que, ante Él y ante los demás hombres, pueda encontrarse en plenitud.

Aquí se halla el núcleo de la relevancia de la experiencia religiosa en medio de las decepciones del presente y de las aspiraciones hacia el futuro. Pero no de cualquier manera; esta aportación será posible —tanto como es necesaria— sólo en la medida que sean redescubiertas en su sentido más hondo y vital las expresiones CONVERSIÓN y COMUNIDAD.

## II. Conversión y comunidad

### 1) Conversión (comunitaria)

Conversión es, en el Nuevo Testamento, «nacer de nuevo» (Jn. 3,3). «La conversión es una toma de conciencia de la gracia de Dios, la voluntad de Dios, la ley de Dios; una respuesta en términos de fe, arrepentimiento, obediencia y

comunidad» (Emilio Castro, Consejo Mundial de Iglesias).

Este volvernos a Dios en una experiencia de encuentro vital con el Autor de la vida (Hch. 3,15) restituye nuestra plena condición. «Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti» (S. Agustín). El hombre se esconde y huye de Dios como si ante Él corriera riesgo de perder lo más propio de sí. Pero la revelación bíblica insiste que sólo en Dios podemos encontrarnos a nosotros mismos y dar a nuestra existencia la plena dimensión para la que fuimos creados precisamente por Él. La re-ligación a Dios no pretende nuestra huida «...del mundo, de los demás y de sí mismo, sino al revés, para poder aguantar y sostenerse en el ser. Dios no se manifiesta primeramente como negación, sino como fundamentación, como lo que hace posible existir.» (Zubiri).

«A todos los sedientos: Venid a las aguas...Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma.» (Is. 55, 1-3). Estas palabras de Dios por boca del profeta resumen el efecto restaurador de la conversión ofrecida a todos los hombres, pero efectiva tan sólo para los «pobres en espíritu», que no renuncian a todo lo que pueden ser; pero que lo hallan sólo en el reconocimiento de su limitación radical y en su apoyo completo en Dios. «Sólo quien se ha reducido a sí mismo a nada, y descansa en la gracia de Dios, es pobre en espíritu.» (Calvino).

La conversión está en el origen de la experiencia liberadora y plenificadora de los más destacados hombres de fe, que no habían alcanzado con sus muchos esfuerzos intelectuales (Agustín, Pascal) ni religiosos (Pablo de Tarso, Lutero).

Por otra parte, la conversión a Dios en Jesucristo no es una realidad sólo individual, aislada ni aisladora. Dios es Dios en relación (Trino) y Jesús llama a Sus discípulos a una novedad de vida que sólo lo es plenamente en comunidad; comunidad de creyentes, de discípulos; comunidad comprometida con los valores del Reino, con el hombre, con el hombre más débil; comunidad no violenta y abierta a

todos. Jesús no reunió en torno a Sí un aglomerado de «almas sin hueso» (R. Padilla), sino una comunidad de personas.

Esta dimensión comunitaria siempre ha estado presente en los movimientos de reforma que han brotado en la Iglesia durante su historia. Fue el énfasis de los reformadores radicales anabautistas del siglo XVI, en cuya herencia se inscriben estas páginas. Al amparo de los lemas de los reformadores más distinguidos (Lutero, Zuinglio, Calvino), desarrollaron un especial aprecio por la Iglesia en su dimensión de comunidad local, comunidad de creyentes, recibidos en su seno por el bautismo libremente escogido como expresión de fe, ejerciendo un gobierno congregacional, sostenidos por un pietismo vital y distinguidos por una práctica no-violenta.

## 2. Comunidad comprometida

La vida y la responsabilidad de la comunidad es una «misión integral», particularmente sensible al dolor y al clamor de los más débiles. No puede ser de otro modo, porque el Reino que encarna y proclama es radicalmente antagónico con el reino de este mundo, cuyos anti-valores causan desolación. Es mucho más que un mero añadido estético a la religiosidad: los hijos del Reino ven a Su Señor precisamente en todos aquellos a quienes el mundo desprecia: «...en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mt. 25, 40).

La comunidad clama necesariamente en favor de los valores del Reino de Dios, que plenifican al hombre en base a la justicia y al amor: «Abre tu boca por el mudo, en el juicio de todos los desvalidos. Abre tu boca, juzga con justicia, y defiende la causa del pobre y del menesteroso» (Prov. 31, 8-9).

Declaramos que es una violación del Evangelio del Reino de Dios y Su Cristo predicar el amor redentor y la bondad salvífica de Dios a personas que son víctimas de discriminaciones e injusticia sin dirigir una palabra profética de protesta contra sistemas de política represiva que abusa de la digni-

dad humana (Declaración de las Iglesias Bautistas de África, 1987).

En consonancia con su clamor, la comunidad cristiana hace evidente su compromiso en iniciativas que contribuyan a detener el mal y sus efectos. Consciente también de que el asistencialismo sólo maquilla las causas del mal y resulta en tentación adormecedora para las conciencias, la comunidad cristiana apunta a las estructuras de pecado que subyacen bajo todas las expresiones del mal.

En cualquier caso, su mayor aportación la ofrece la comunidad siendo precisamente comunidad. Ella no agrede a los poderes, y menos con intención de sustituirlos por ella misma como poder; es su misma presencia como comunidad que vive bajo valores nuevos la que anuncia el fin de los poderes de maldad e influye positivamente sobre ellos. «Toda resistencia y todo ataque contra los dioses de este siglo será infructuoso, a menos que la Iglesia sea ella misma, resistencia y ataque, a menos que demuestre en su vida y en su comunión cómo pueden vivir los hombres liberados de los poderes» (H. Berkhof).

## 3. Comunidad no-violenta

Toda acción de la comunidad cristiana se inspira en el carácter del Siervo Sufriente de Dios (Is. 53). Su denuncia y acción contra el mal no puede incluir nuevos ingredientes de mal. Al contrario, «vence con el bien el mal» (Rom. 12,21). Aún a costa del sufrimiento propio. De hecho, «el sufrimiento voluntario es más fuerte que el mal, es la muerte del mal» (Bonhoeffer).

La práctica de la no-violencia en su origen se refiere al carácter de Jesús. Pero, además, es expresión natural de fe en Dios. El cristiano y la comunidad de los creyentes están convencidos de que Dios defenderá su causa (que es la Suya) y dejan que sea Él quien les vindique. De nuevo está aquí la cuestión de la autoridad en el testimonio; el anuncio del Reino de paz y comunión sólo cautiva si procede de una comuni-

dad que en su seno y ante los demás ya ha renunciado a todo modo de violencia. Así se entendió en la Iglesia primitiva (*Traditio Apostolica*, canon 16), en la Reforma radical del siglo XVI, y aún se ejerce en nuestros días con multitud de ejemplos anónimos o más notorios, como el del Pastor Bautista Martin L. King.

#### 4. Comunidad ecuménica y co-beligerante

Cualquier dinámica que la comunidad cristiana emprenda aislada del resto del Pueblo de Dios siempre será insuficiente. Más allá de cada una de las confesiones cristianas, es necesario que todas se reconozcan miembros fraternos de una realidad que las supera a todas ellas: el Reino de Dios, al que todas pertenecen.

Aún más evidente debería resultar esta consideración en el seno de las comunidades locales de cada Confesión. En razón al encuentro mutuo y, en especial, a su acción. No hay posibilidad para el anuncio del Reino y sus nobles valores si proviene de un Pueblo cristiano dividido y enfrentado entre sí, cuyas relaciones apenas son de menosprecio o tiranía. Por el contrario, una comprensión ecuménica entre las diferentes confesiones y en términos de relaciones locales permitiría al Pueblo de Dios

presentarse como signo del Reino e instrumento de la unidad escatológica de la humanidad.

Pero el círculo no puede cerrarse todavía. Las comunidades cristianas no son las únicas que desean la justicia y la verdad. No deberán jamás ceder a la tentación de sentirse depositarias y administradoras en exclusiva de todos los anhelos nobles. Menos aún, desde la perspectiva protestante, sería aceptable que quisieran resumir esa exclusividad bajo la bandera de iniciativas políticas «cristianas». «La maldición de la traición al nombre de Cristo pesa sobre la organización social 'cristiana'... No podemos tomar este Nombre para ninguno de nuestros pequeños estandartes» (Brunner).

Así las cosas, la comunidad cristiana debe colaborar en una práctica co-beligerante con todos los proyectos comunitarios que participen de algunos de sus objetivos más propios. Aunque debe ser consciente de los límites de esta posibilidad; aunque no pueda sentirse plenamente aliada con aquéllos, ya que sus fundamentos y perspectivas finales sean bien distintos. Con todo, y en nombre de la trágica necesidad de nuestros días, la comunidad cristiana debe aprender a participar con toda «la buena voluntad» que también se mueve a su alrededor y no sólo en su propio seno. **A**